

Sobre El Bejuco de Tarzán y otras digresiones tecnocráticas”

Por Alejandro Gaviria

El libro “El Bejuco de Tarzán y otras digresiones tecnocráticas” de Rodrigo Botero es un buen ejemplo de lo que algunos han llamado la ironía liberal. Hay allí un rechazo sereno a los dogmas, a las pasiones marciales, al romanticismo colectivista y a las teorías comprensivas que prometen un mundo perfecto. El liberalismo, nos sugiere Rodrigo, carece de fervor revolucionario, duda de la nostalgia de los conservadores y de las utopías de los buenos revolucionarios. A unos y a otros los combate con la razón. Y con un arma más letal: el sarcasmo. Cada comentario, cada nota de este libro es una muestra, una joya, diría yo, de ironía liberal.

Pero el liberalismo no sólo es ironía. También es realismo. El liberalismo, como escribió recientemente Alan Wolfe, está convencido de que, en los asuntos de Estado, la razón es más eficaz que la emoción. “La buena poesía – dice Wolfe– es mala política”. Este libro hace una doble defensa del realismo, del manejo profesional de la economía, de la tecnocracia. La tecnocracia nos protege no sólo de las pasiones ideológicas, sino también de la “improvisación carismática”.

La tecnocracia, nos recuerda Rodrigo, es una institución liberal. Entendida como una comunidad cohesionada, como una institución informal, la tecnocracia es un contrapeso al poder, un freno a la arbitrariedad. Colombia, nos recuerda Rodrigo, ha tenido el privilegio de tener una tecnocracia fuerte dispuesta a jugar su papel, a hacer lo que toca. A ayudar. Y a estorbar.

La tecnocracia surgió causalmente como una forma de limitar el poder de las entidades multilaterales de crédito y cooperación. De combatir sus pretensiones (a veces odiosas) de imponer un punto de vista. Y de hacerlo no con prejuicios, ni con la invocación oportunista de la “dignidad nacional” sino por medio de la persuasión. La independencia con respecto a los organismos internacionales, nos recuerda Rodrigo “necesita incrementar la capacidad nacional de análisis, darle mayor profundidad a los cuadros técnicos del

Estado y fortalecer los aspectos fundamentales del manejo macroeconómico”.

Los límites de la tecnocracia

Quisiera traer a colación un sólo ejemplo, el de Carlos Lleras Restrepo, el héroe reformador de Albert Hirschman, el mandatario tecnócrata por excelencia. Para Rodrigo Botero, Lleras fue un estadista de la modernidad; para Hirschman “fue un líder sobresaliente en la percepción de las oportunidades, que siempre parecía muy orgulloso de sus especiales poderes de percepción...”.

Pero Hirschman hace una salvedad, señala un problema. “Lleras –dice– confió demasiado en la *tendencia a planificar* a expensas de la progresión y la experimentación, en cierto sentido se quedó prisionero de una fascinación tecnocrática”. Rodrigo escribe, al final del libro, con evidente entusiasmo, que la política económica debe obedecer a un propósito deliberado, a un “diseño inteligente”. Pero el diseño inteligente, el énfasis en la planeación puede a veces ser excesivo. Hirschman nos recuerda que debemos complementar el diseño inteligente con la experimentación oportunista, con la improvisación darwiniana, con el ensayo y el error. Los tecnócratas también podemos pecar por exceso.

Y por falta de sentido político. Alfonso López M. acuñó una expresión para definir las características esenciales del reformador: MyT (Manzanillo y técnico). Y Miguel Urrutia nos recordó recientemente que los tiempos han cambiado, que los tecnócratas están en retirada: “antes salían de los Andes al gobierno; ahora salen del gobierno para los Andes”.

El hispanismo

Hay un último punto que quisiera señalar: la relación espacial, de amor y odio de Rodrigo con España. España como un ejemplo, un paradigma del tránsito hacia una sociedad moderna: “democrática, prospera, igualitaria, pluralista y laica”. Pero España, o la cultura ibérica en particular, como la muestra de un conjunto de valores opuestos a la modernidad.

El tránsito hacia la modernidad, nos dice Rodrigo, implica desechar las ideas paralizantes, “la búsqueda de cosas viejas, incontaminadas y esencialmente españolas” como escribió Malcolm Deas. Rodrigo nos sugiere que la modernidad requiere dejar atrás cierta hispanofilia nostálgica del orden colonial.

Hay una pesadilla presente en muchas páginas del libro: el caudillo flanqueado por un obispo y un general de botas relucientes, los tres como representación del Estado, de las instituciones patrias. La pesadilla me recuerda algunos cuadros de Fernando Botero. O las imágenes sabatinas de los consejos comunitarios.

La voz de la razón

Este libro es reiterativo, las mismas ideas afloran a menudo, se repiten una y otra vez en un tono pausado, racional, respetuoso. La voz de la razón, dicen, es suave pero persistente. Y los lectores encontrarán en este libro maravilloso un ejemplo perfecto de esa máxima liberal.